



Opinión

Con el apagón, sí suceden cosas

El martes 25 de febrero de 2025, a las 15:16, quedará grabado en la historia como el día en que Chile se quedó sin energía. Este corte eléctrico, que afectó a 14 regiones de nuestro país, impacta de manera significativa a una economía ya debilitada, generando más incertidumbre que confianza. Surgen numerosas preguntas: ¿Qué tan vulnerable es nuestro sistema de transmisión? ¿Se pudo prever y evitar? ¿Es probable que vuelva a ocurrir? ¿Cuánto afecta a nuestra economía? ¿Y en un mes de vacaciones, cuánto se pierde en turismo? Muchas de estas interrogantes se resolverán con el tiempo; sin embargo, ya es evidente que este apagón no fue inocuo para nuestra economía.

Desde el día del suceso hasta hoy, continúan evidenciándose inestabilidades y se van materializando algunos de los impactos en sectores clave. La manufactura, la agroindustria y la minería han sufrido interrupciones significativas: las plantas industriales se vieron obligadas a detener sus operaciones, lo que generó pérdidas no solo en producción inmediata, sino también en costos asociados a la parada y el reinicio de las líneas de producción. La cadena

de suministro se vio afectada, ya que el transporte de bienes, la logística y las operaciones de servicios experimentaron retrasos que, a su vez, crearon un efecto dominó en toda la economía.

El sector comercial tampoco fue ajeno al impacto. Tiendas, supermercados y centros comerciales registraron pérdidas durante el apagón, afectando directamente la venta de productos perecederos y otros bienes esenciales. La incertidumbre provocada por este evento, aunque puntual, mermó la confianza del consumidor, un pilar fundamental para mantener una economía dinámica. Ante la percepción de riesgos, los ciudadanos tienden a retrasar sus inversiones y gastos, afectando la circulación del dinero en el mercado.

La gran minería del cobre, motor esencial de la economía chilena, también se vio gravemente afectada. Según datos de la Comisión Chilena del Cobre (2024), Chile produce aproximadamente 5,5 millones de toneladas de cobre al año, lo que equivale a unas 15.068 toneladas diarias. Si consideramos que un apagón de 10 horas representa alrededor del 42% de un día, se podrían perder aproximadamen-

te 6.329 toneladas de cobre en producción.

Suponiendo un precio promedio de 9.000 dólares por tonelada, la pérdida en ingresos brutos alcanzaría cerca de 57 millones de dólares. Esta estimación, aunque simplificada, podría incrementarse si se suman costos indirectos y otros efectos colaterales.

Más allá de los efectos inmediatos en la producción y el comercio, el apagón ha generado costos indirectos que no pueden pasarse por alto. En una economía cada vez más digitalizada, la interrupción afecta sistemas bancarios, plataformas de comercio electrónico y otros servicios en línea, lo que podría derivar en pérdidas significativas y en la vulnerabilidad de información crítica. Estos inconvenientes subrayan la necesidad de contar con sistemas de respaldo y estrategias de mitigación que aseguren la continuidad operativa en situaciones de crisis.

Este suceso es una lección para repensar las políticas de inversión en infraestructura energética. La modernización y diversificación de la matriz energética, junto con el desarrollo de redes de distribución inteligentes y resilientes, son fundamentales

para evitar que episodios similares se repitan. Invertir en energías renovables y tecnologías de almacenamiento, respaldado por un marco regulatorio que incentive la innovación, podría transformar este reto en una oportunidad de cambio.

El gran apagón en Chile no solo ha evidenciado la fragilidad de ciertos sectores económicos, sino que también ha resaltado la urgente necesidad de una planificación estratégica integral. La adopción de medidas preventivas, la mejora en la gestión de crisis y el fortalecimiento de la infraestructura son esenciales para minimizar futuros impactos. En este contexto, el papel de economistas, responsables políticos y empresarios resulta crucial para construir un modelo económico más resiliente y adaptado a los desafíos del siglo XXI.



LUIS FELIPE SLIER MUÑOZ
Ingeniero comercial
MBA